

altar, y ellas mismas sobre esos altares de su cintura, parecían bustos de vírgenes ó ídolos egipcios. Aquellas hermosas señoritas eran hijas de las damas que habían merecido los obsequios del duque de Guines y del duque de Lauzun, y á su vez fueron madres ó abuelas de las niñas que en 1822 bailaban en mi casa de la embajada. Diez años han pasado desde entonces y es seguro, que el peso de ellos colgado de la orla de los airosos vestidos de aquellas niñas, habrá hecho que sus pasos sean menos ligeros. Alguna de ellas tendrá al presente once niñas que no tardaran á reproducir nuevos tallos en esa rápida generacion de flores.

Jorge III sobrevivió á M. Pitt, pero ya había perdido la razon y la vista. En cada legislatura al abrirse el parlamento, los ministros leían el boletín de la salud del rey á las cámaras silenciosas y enternecidas. El monarca ciego andaba errante por su palacio como el rey Lear palpando con sus manos las paredes de los salones de Windsor, ó sentado al piano con su blanca cabeza al aire tocando una sonata de Heddel ó un tema favorito de Shakespeare: ese era el hermoso fin de la antigua Inglaterra, «*Old England.*»

VIAJES.—EL CAPITAN ROSS.—JACQUEMONT.—  
LAMARTINE.

¡Viaje! ¡Gran palabra que me recuerda toda mi vida. Los americanos tuvieron por conveniente considerarme como cantor de sus antiguos bosques, y el árabe Abou-Gosh aun se acuerda de mi correría por las montañas de la Judea. He abierto la puerta del Oriente á lord Byron, y á los viajeros que despues de mí han visitado el Céfiso, el Jordan y el Nilo. Posteridad numerosa son esos viajeros que yo he enviado á Egipto como Jacob envió sus hijos. Mis antiguos y modernos amigos han ensanchado el estrecho sendero que trazaron mis pisadas: M. Michaud, último peregrino de esas cruzadas, se ha presentado ante el Santo Sepulcro, y M. Lenormant ha visitado las tumbas de Tebas para conservarnos la lengua de Champollion y ver renacer entre las ruinas de la Grecia la libertad que yo ví respirar bajo el turbante del musulmán ébrio de fanatismo, de opio y de mujeres. Mis huellas en todos los países han sido borradas por otras huellas; las únicas que han permanecido solitarias son las que estampé en el polvo de Cartago como la impresion de los pasos de un huésped del desierto en las nieves del Canadá. En las mismas *sabanas* de Atala, la hierba ha sido reemplazada por cosechas de cereales: tres grandes caminos conducen ahora al país de los Natchez, y si Chactas viviera, podría ser diputado en el congreso de Washington. Ultimamente, he recibido un folleto de los cherokees, por medio del cual aquellos salvajes me saludan en inglés, felicitándome como eminente escritor y director de la prensa pública. (*Eminent writer and conductor of the public press.*)

Los viajes deben ser comprendidos en la literatura inglesa. Muchas variaciones han ocurrido en el modo de escribirlos desde Shaw, Chandler, Raleigh, Hudson, Baffine, Anson, etc., hasta los últimos exploradores por mar y por tierra. Un tomo se necesitaria para hablar de los viajes de Cook y Van-Couver, de las mil y un correrías al través de la India, de los descubrimientos de Claperston y de Laing, de Mungo Parck, de los hermanos Lauder y de los capitanes Franklin, Parry y Ross. Si me dejara llevar de mi afición á viajes, no me seria posible salir de Tombouctou, de las riberas del Níger y de los valles del Himalaya. Sin embargo, para no omitir enteramente esa gran ramificación de la literatura inglesa, citaré algunos pasajes tomados del diario del capitán Ross: me interesan particularmente las regiones del polo ártico por haber

soñado en mi juventud abrirme paso al través de ellas.

El capitán Ross, salió de Inglaterra en 1829 para encontrar el paso del Nor-oeste; penetró en el estrecho de Lancaster y en el *Inlet* del príncipe regente: se vió detenido por los hielos del golfo que denominó de Boothia y tuvo que estar encerrado cuatro años en la costa occidental de ese golfo. Teniendo que abandonar su buque, la *Victoria*, volvió andando por la helada superficie del Océano á la bahía de Baffin donde tuvo la fortuna de encontrar un buque ballenero, la *Isabel*, que lo recibió á bordo. Por una rara combinacion de circunstancias, ese buque era el mismo que el capitán Ross montaba en su primer viaje del 1828.

Durante sus cuatro años de permanencia en los hielos, el capitán Ross descubrió el polo magnético y el mar polar del Oeste separado únicamente del mar del Este por un istmo muy estrecho. Veamos ahora los padecimientos de los viajeros y la especie de desoladoras poesías de aquellas regiones. El capitán pinta de esta manera la naturaleza hiperbórea segun la traduccion de M. Defauconpret.

«La nieve destruye el efecto de la perspectiva y hace desaparecer el conjunto confundiendo las distancias, las proporciones, y sobre todo la armonía del colorido. En lugar de todo eso, no presenta mas que un miserable mosaico negro y blanco que predomina absolutamente en vez de las dulces gradaciones claro-oscuro y combinaciones de color que produce la naturaleza con su pompa del verano en medio de los paisajes menos risueños y mas agrestes.

«Tales son mis objeciones contra un paisaje nevado: basta la práctica de un día para sugerirlas. Con mucho mas motivo deben ocurrirse en una miserable region, en la que durante la mitad del año nada se ve sobre la cabeza mas que nieve; en donde el huracán tiene alas de nieve; donde la niebla es nieve; donde no aparece el sol sino para brillar sobre nieve aunque no esté cayendo en aquel momento; donde el aliento se convierte en nieve; donde la nieve se queda pegada á los cabellos, á las cejas y á los vestidos; donde la nieve ocupa las habitaciones, la vajilla y hasta el lecho si se abren sin precaucion las ventanas ó las puertas; donde el cristal líquido que debe apagar nuestra sed sale de una cafetera llena de nieve y suspendida sobre una lámpara; donde hay sofás, camas y casas de nieve; donde la nieve cubre el puente y la cubierta de nuestro buque y forma nuestros observatorios y dispensas, y finalmente, donde la nieve si no tuviera otros usos, serviría para formar nuestros féretros y nuestras tumbas.»

El comandante Ross, sobrino del capitán, había ido á practicar un reconocimiento en una horda de esquimales, y se expresa del modo siguiente:

«Nuestros guías estaban desorientados porque la nieve que caía era tan abundante, que nada podia verse á diez toesas de distancia. Vimos pues obligados á renunciar á toda tentativa, y á consentir que construyeran una choza de nieve. En menos de media hora estuvo terminada, y nunca hemos podido quedar mas satisfechos de aquel género de arquitectura que en tan poco tiempo nos proporcionó abrigo contra el viento y contra la nieve tan bien como lo podría haber hecho la casa mejor construida de cantería.

«Hallábase nuestros vestidos de tal manera empapados de nieve, que habiéndose helado no pudimos desnudarnos hasta que el calor del cuerpo les devolvió la elasticidad. Estábamos muy acosados de la sed y en tanto que los esquimales construían la choza, hicimos derretir nieve á beneficio de una lámpara de espíritu de vino, y no tardamos en tener agua abundante para los cuatro, lo cual sorprendió en gran manera á los salvajes, pues la misma operacion de

«suspender la nieve en un vaso de piedra sobre la lámpara, es para ellos obra de tres ó cuatro horas.

«No carecia sin embargo de inconvenientes nuestro asilo, tanto por su reducidísima extension, como principalmente porque las paredes empezaban á derretirse, y porque el agua que caía de ellas mojaba nuestros vestidos hasta el punto que no tuvimos mas remedio que quitarnoslos y meternos en unos sacos de pieles que traíamos de prevencion. De esta manera batimos al enemigo y nos pudimos dormir. . . .

«Se desarrolló un fuerte huracán por la parte del Norte, y duró todo el día soplando con tal violencia, que no pudimos salir de la choza. . . . El viento rugía en torno de las paredes de nieve que nos rodeaban y la que él lanzaba caía sibando de manera que yo me daba por muy satisfecho de no oír sosteniendo conversaciones en alta voz con mis compañeros.»

Digno es tambien de atencion el momento en que el capitán descubrió el Océano del Oeste. Dice así:

«Mis compañeros, de quienes yo me había separado por un momento, anunciaron su llegada al Océano Occidental por medio de tres aclamaciones. «En efecto, tanto para ellos, como para mí que era su jefe, se ofrecía á la vista un espectáculo del mayor interés, y bien digno por cierto del saludo ordinario de los marinos. Aquel era el Océano que habíamos buscado; el objeto de nuestra ambicion y nuestros esfuerzos, el espacio de agua libre que seguían lo habíamos esperado, debía conducirnos alrededor del continente de América y procurarnos el triunfo tan deseado por nuestros predecesores y por el cual habíamos nosotros mismos trabajado tanto y tan inútilmente hasta entonces. Nuestro objeto había terminado si la naturaleza no hubiera puesto obstáculos; si aquella cadena de lagos hubiera sido un brazo de mar, si aquel valle hubiera abierto una comunicacion libre entre los dos mares.

«Por lo menos ya habíamos reconocido la imposibilidad. Aquel Océano tan deseado estaba á nuestros pies; pronto íbamos á viajar por su superficie, y en medio de nuestro desengaño teníamos por lo menos el consuelo de haber desvanecido todas las dudas y desterrado toda incertidumbre, confesando que cuando Dios dice: no, el hombre debe someterse y darle gracias por lo que se ha dignado concederle. Aquel era un momento solemne, un momento que nunca debía olvidarse; jamás las aclamaciones de los marinos me habían producido una impresion mas profunda que en aquel momento en que interrumpían el silencio de la noche en medio de un desierto de hielo y de nieve, donde no había un solo objeto que recordara la existencia de seres vivientes, y en donde parecía que nunca una voz humana había llegado á resonar. . . .

«Puede imaginarse cuanto me repugnaria volver al buque de cuyo punto habíamos partido en el momento que casi conseguíamos el objeto principal de nuestra expedicion; preciso seria hallarse en una situación análoga para comprender toda la extension de nuestros pesares y nuestro desengaño. La distancia que entonces nos separaba del cabo de Turnagain, no era mayor que el espacio que habíamos recorrido, y si nos hubiera sido dable disponer de algunos días mas, habríamos podido concluir todo lo que nos faltaba por hacer, y entonces volvíamos triunfantes á nuestro buque llevando á Inglaterra un fruto verdaderamente digno de tan largos y penosos trabajos. . . .

«En la punta llamada de la Victoria, levantamos un monton de piedras de seis pies de altura, y dentro encerramos en una caja de metal una breve relacion de todo lo que habíamos hecho desde nuestra salida de Inglaterra. Esto es lo que se acostumbra hacer en tales casos, aunque en realidad muy poca esperanza teníamos de que nuestra breve relacion

«llegara nunca á la vista de un europeo. Con mas ahínco habríamos trabajado en esa obra, sabiendo que entonces se nos consideraba como hombres perdidos, ya que no muertos, y que nuestro amigo Back, nuestro amigo experimentado se hallaba á punto de partir para buscarnos y devolvernos á nuestra sociedad y á nuestra patria. Si en el curso de las exploraciones que está haciendo llega al cabo de Turnagain y encuentra el testimonio de nuestra anterior visita, como sabemos lo que es para el viajero errante en aquellas soledades encontrar huellas que le recuerden su patria y sus amigos, casi podríamos envidiarle aquella imaginaria felicidad.»

El afecto de la patria expresado en medio de inauditos padecimientos y de horrosos climas; esos hombres confiados á un monumento de nieve y que nunca tal vez volverán á ser encontrados; esa gloria desconocida dirigiéndose desde el fondo de una soledad eterna á una posteridad que acaso no llegará á existir; esas palabras escritas que no habrán nunca en aquellas regiones mudas ó que se extinguirán bajo el estrépito de los hielos rotos por alguna tempestad que nadie oír, todo ese conjunto de cosas excita la admiracion. Mas cuando el ánimo se serena no se ve en último resultado sino la muerte que está en el fondo de todas las cosas: la vida y la memoria del hombre se pierden en todos los países entre el silencio y los hielos de la tumba.

Ved al infortunado Jacquemont muriendo lejos de Francia rodeado de todas las poblaciones del Indostan: ¿es menos congojosa su voz que la de aquellos marinos acordándose de su patria en las regiones septentrionales? Echado de espaldas, porque no tenia fuerzas para incorporarse, Jacquemont escribía con lápiz en 1.º de diciembre de 1832 este billete á su hermano:

«Mi fin, si es mi fin lo que se acerca, es dulce y tranquilo. Si tú estuvieras allí sentado al borde del lecho con nuestro padre y Federico, mi alma se desgarraría, y no vería venir la muerte con esta resignacion y serenidad. Consuélate; consuella al padre; consolaos mutuamente amigos míos.

«Estoy abrumado por el esfuerzo que acabo de hacer escribiéndote. ¡Preciso es decirnos adios, adios! ¡Oh, cuánto os amaba vuestro pobre Victor!—Adios por última vez.»

Los modernos viajeros franceses pueden rivalizar en sus descripciones con los cuadros presentados por los viajeros ingleses: en ninguna de las pinturas de la India se encontrará nada tan brillante como esta descripcion de M. Lamartine. Bajo los pinos, en la arena apretada por el peso de los camellos, en medio de las caravanas, á los rayos del sol de Siria le será grato al lector reanimarse al salir de aquella tierra sin vegetacion, de aquellos arenales de nieve, marcados por el paso de los zorros y los osos, y de aquellas chozas de escarcha iluminadas por lo que el capitán Ross llama *crepúsculo de mediodía*.

«Cerca de media legua de la ciudad, por el lado de Levante, el emir Fakardin ha plantado un bosque de pinos de copa ancha en una meseta arenosa que se extiende entre el mar y la llanura de Bagdad, graciosa poblacion árabe al pié del Líbano. Dícese que el emir plantó ese magnífico bosque para oponer un dique á la invasion de las inmensas colinas de arena roja que se elevan un poco mas allá y amenazan tragar á Bairut y sus ricas plantaciones. El bosque que ha llegado á ser magnífico: los troncos de los árboles elevándose en línea recta á sesenta ú ochenta pies de elevacion, extienden sus anchas copas inmóviles, á manera de parasol, formando una admirable bóveda en una vasta extension de terreno entapizado de verde y fina yerba, menos algunos senderos que serpeneando entre los árboles ofrecen blando piso á los caballos. Sobre aquel delicioso césped nacen espon-

«táneamente flores de brillantes colores con tal lozanía que las cebollas de los jacintos silvestres pueden por su magnitud resistir sin ser estrujadas el paso de los caballos. Al través de las columnas que forman los troncos de pino se ven por una parte los blancos ó rojizos montículos de arena que ocultan el mar, y por otra la llanura de Bagdad, el río que la atraviesa, y una porción del globo, semejante á un pequeño lago por la exactitud con que le circundan á manera de marco el horizonte de las tierras, las doce ó quince poblaciones árabes situadas en las últimas pendientes del Líbano, y finalmente los grupos de este mismo monte, que forman el telón de esa escena. La luz que allí domina es tan brillante y el aire tan limpio que á muchas leguas de elevación se distinguen las formas de los cedros y de los algarrobos en las crestas del monte, ó las grandes águilas que sin mover apenas las alas se mecen en aquel océano de éter. Ese bosque es indisputablemente el sitio mas magnífico que he visto en mi vida. El cielo, los montes, las nieves, el horizonte azul del mar, las ondulaciones del río, las copas aisladas de los cipreses, los grupos de palmeras esparcidos por el campo, el gracioso aspecto de cabañas cubiertas de naranjos y de emparbrados que se extienden hasta por el tejado, la severa perspectiva de los altos monasterios maronitas formando extensas manchas de sombra, ó copiosas ráfagas de luz entre las recortadas laderas del Líbano; las caravanas de camellos cargados de mercancías de Damasco, que pasan silenciosamente entre los troncos de los árboles, algunos ginetes árabes corriendo el dgerid alrededor del espectador en caballos cuyas crines barren materialmente el suelo; bandadas de pobres judíos montados en asnos y llevando en brazos su numerosa prole; mujeres envueltas en velos blancos cabalgando al son del tamboril y rodeadas de una multitud de muchachos vestidos de telas encarnadas con bordaduras de oro, y bailando delante de los caballos; algunos grupos de turcos fumando ó haciendo oración sentados en algún café construido de ramaje; un poco mas allá, las desiertas colinas de arena teñidas de los últimos rayos del sol ó el viento levantando nubes de polvo enrojecido; finalmente el ronco mugido del mar, mezclándose con el armonioso susurro del aire entre las ramas, y con los gorgoros de mil aves desconocidas; todo eso ofrece á la vista y al pensamiento del espectador el conjunto mas sublime, mas dulce, y al mismo tiempo mas melancólico que jamás ha embriagado mi espíritu; ese es el sitio á donde vuelan y volarán constantemente mis ensueños.»

Creemos que el lector opinará del mismo modo acerca de ese sitio que no tardará el autor de la descripción en volver á reproducir.

NOVELAS.—TRISTES VERDADES QUE EMANAN DE LAS LARGAS CORRESPONDENCIAS EPISTOLARES.—ESTILO EPISTOLAR.

Las novelas, refiriéndonos siempre á fines del último siglo, fueron comprendidas en la proscripción general. Richardson dormía en el olvido: sus compatriotas hallaban en su estilo vestigios de la sociedad inferior en el seno de la cual el autor había vivido. Fielding se sostenía bien. Sterne, modelo de originalidad había pasado. Aun se leía el *Vicario de Wakefield*.

Si Richardson no tiene estilo (de lo cual nosotros como extranjeros no podemos ser jueces) no vivirá, porque el estilo es lo que da vida á las producciones literarias. En vano es sublevarse contra esa verdad: la obra mejor compuesta, adornada de retratos de buen parecido y llena de otras mil perfecciones, puede considerarse que ha nacido muerta si le falta el estilo. El estilo en sus mil modificaciones no se aprende; es

un don del cielo, es el talento. Pero si Richardson no ha ido cayendo en olvido mas que por algunas locuciones bajas, insoportables á una sociedad elegante, aun podrá renacer, particularmente si se atiende á que la revolución que se está consumando por lo tocante á rebajar la aristocracia y elevar las clases medias, hará menos perceptibles, si no las disipa del todo, esas reminiscencias del lenguaje familiar ó inferior.

Las novelas en cartas (visto el estrecho limite en que la acción y los personajes tienen que encerrarse) carecen del triste interés y de la verdad filosófica que resaltan de la lectura de las correspondencias reales. Para demostrar eso no hay mas que leer con detención la correspondencia de Voltaire: véase su primera carta dirigida en 1715 á la marquesa de Mameurs y el último billete escrito en 26 de mayo del 1778, cuatro días antes de la muerte del autor al conde de Lally-Tollendal: reflexiónese luego todo lo que ha sucedido en ese período de sesenta y tres años.

Ved desfilir la larga procesion de muertos: Chaulieu, Cideville, Thiriot, Algarotti, Genonville, y Helvecio, la princesa de Bareith, la mariscal de Villars, la marquesa de Pompadur, la condesa de Fontaine, la marquesa de Chatelet, madama Denis, y esas hijas del placer que atraviesan riendo la vida, las Lecouvreur, las Lubert, las Gausin, las Sallé y las Camargo, Tersicóres de pasos medidos por las gracias, dice el poeta, y cuyas ligeras cenizas son actualmente pisadas por las aéreas danzas de la Taglioni.

Quando al seguir una misma correspondencia volvéis la hoja ya no encontráis en la nueva página el nombre que se acababa de leer; en su lugar aparece un nuevo Genonville, un nuevo Chatelet que desapareceran eternamente de allí á veinte letras para dar lugar á otros amores y á otras amistades. El ilustre anciano que se iba abismando en sus años dejaba de estar en relación, menos en lo relativo á la gloria, con las generaciones que fueron presentándose: todavía les hablaba del desierto de Ferney; pero su voz no encontraba eco entre las nuevas voces. Qué distancia desde los versos al hijo único de Luis XIV!

«Ilustre sangre del mayor monarca,  
En cuyo amor fundamos la esperanza.»

á estos otros á la señora du Deffant.

Os admira señora  
que á los ochenta inviernos,  
aun se atreva mi musa  
á tartamudear versos.

Así tal vez se mira  
nacer entre los hielos  
flor que alegra la vista  
y espira á breve tiempo.

El rey de Prusia, la emperatriz de Rusia, todas las grandezas, todas las celebridades de la tierra recibían de rodillas como un título de inmortalidad algunas palabras del escritor que vió morir á Luis XIV, pasar á Luis XV y su siglo y nacer y reinará Luis XVI, y que hallándose colocado entre el gran rey y el rey mártir, reasumió en sí solo toda la historia de la Francia de aquella época.

Pero una correspondencia particular entre dos personas que se han amado, presenta aun algo mas triste, pues ya no son los hombres, sino el hombre lo que se ofrece á la consideración.

Por de pronto las cartas son largas, vivas y frecuentes; el día apenas basta para escribirlas: escribense á la caída del sol; añádense algunas palabras al resplandor de la luna, encargando á su luz casta, silenciosa y discreta el encubrir con su pudor mil deseos. Apenas despunta el alba cuando se vuelve á proseguir la tarea, espíase el primer crepúsculo para añadir á la carta lo que tal vez se ha olvidado en momentos de delicias. Mil juramentos cubren el papel en que se

reflejan las rosas de la aurora; mil versos van depositados en las ardientes palabras que parecen nacer de los primeros rayos del sol, ni una idea, ni una imagen, ni un ensueño, ni un accidente, ni una inquietud deja de estar representada en alguna palabra de la carta.

Mas, he aquí que á lo mejor en la belleza de esa pasión se introduce algo incalificable, que hace en ella el mismo efecto que la primera arruga en la frente de una mujer amada. El espíritu y el aroma del amor espiran en aquellas páginas de la juventud como las brisas que se adormecen entre las flores: cada cual conoce en sí mismo esa triste variación, pero nadie quiere confesarla. Las cartas se van abreviando en texto y en número, y en ellas empiezan á dominar ya noticias y descripciones de cosas extrañas al asunto: alguna vez la correspondencia se ha recibido con atraso, pero esto ya no inspira tanta inquietud; teniendo una seguridad de amar y ser amado, ha llegado á hacerse razonable; ya no se riñe por el retardo; no hay mas remedio que someterse á los inconvenientes de la ausencia. Los juramentos siguen repitiéndose como siempre; es verdad que tienen las mismas palabras, pero son ya palabras muertas; falta el alma. El *Yo os amo* no figura ya mas que como una expresión de costumbre, una fórmula esencial, el *Soy de V.* de toda carta de amor. Poco á poco el estilo se va helando ó se irrita, no se espera ya con impaciencia la hora del correo, diremos mas bien, se teme su llegada; uno se cansa de escribir. Las locuras que se han confiado al papel empiezan á ruborizar al que las ha escrito. ¿Quién pudiera recoger aquellos escritos y entregarlos á las llamas! ¿Qué es lo que ha producido esa variación? ¿Será una nueva relación que principia, ó una antigua relación que muere? Poco importa. De todos modos es el amor que espira antes que el objeto amado.

Viven las novelas escritas en forma epistolar ó de otro modo, cuando pintan sentimientos que no se destruyen mas que por la violencia, y nunca ceden á ese trabajo subterráneo, si así puede decirse, de la humana condición, á ese fiebre lenta del tiempo que produce el hastío y el cansancio, que disipa toda ilusión y todo encanto, que mina nuestras pasiones, marchita nuestros amores, y cambia nuestros corazones como nuestros cabellos y nuestro rostro.

Puede sin embargo hacerse una excepción á esa flaqueza de los sucesos humanos; tal vez sucede que en una alma vigorosa el amor dura lo bastante para transformarse en apasionada amistad, para tomar el carácter de un deber, ó las cualidades de la virtud; en tal caso se eleva sobre su flaca naturaleza y vive exclusivamente de sus principios inmortales. Richardson representó admirablemente una pasión de este género en el carácter de Clementina.

Por lo demás, dejando aparte las cartas imaginarias de las novelas y concretándose al estilo epistolar, debo decir que los ingleses nada tienen que pueda compararse con las cartas de madama Sevigné. Las de Pope, de Swift, de Arbuthnot, de Bolingbroke, de Lady Montague y en fin las de Junius, que se atribuyen á sir Felipe Francis, son mas bien discursos que cartas, y todas tienen mas ó menos relación con las de Plinio el Joven y las de Voiture. En mi concepto son preferibles algunas cartas del desgraciado lord Russel, lady Russel, de miss Ana Seward y lo poco que se conserva de la correspondencia de lord Byron.

NOVELAS NUEVAS.

De la *Clarisa* y del *Tom Jones* han salido las principales ramas de la familia de las novelas modernas inglesas, que nada mas son que cuadros de familia y dramas domésticos, novelas de aventuras y descripciones de la sociedad general. Despues de Richardson

las costumbres del Oeste de la ciudad hicieron una irrupción en el campo de las ficciones; las novelas se llenaron de palacios, de *lores* y de *ladis*, de escenas marítimas, de aventuras en las *carreras* de caballos, en el baile, en la ópera, en *Ranelagh* con un *cuchicheo*, con una garrulidad interminable. La escena se trasladó de allí á poco tiempo á Italia: los enamorados atravesaron los Alpes con espantosos peligros y con angustias capaces de enternecer á un león ¡el león se deshizo en llanto! Se adoptó una especie de gerga de buen tono: casi á cada nueva legislación parlamentaria se cambiaba en la alta sociedad inglesa de moda en cuanto á la elección de palabras, afectación del lenguaje y hasta en la entonación: un honrado lector no puede menos de quedar sorprendido al ver que de seis en seis meses tiene que cambiar de lenguaje. Un hombre de buen tono *fashionable* debía presentar durante mi embajada en aquella capital, á primera vista el aspecto de un ser desgraciado ó enfermizo. En su lánguida persona debían echarse de ver señales de abandono, ó de descuido: las uñas debían ser largas, la barba á medio crecer, como si en las abstracciones del dolor no hubiera tiempo de afeitarse: las melenas debían flotar desordenadas, la mirada debía ser profunda, sublime, vaga, fatal y en los labios debía notarse una especie de contracción como en ademan de desprecio de la naturaleza humana: de todas estas señales se infería que el corazón de temple bironiano estaba hastiado y sumergido en el disgusto, ó en los misterios del ser.

En la actualidad el *Dandy*, que ha reemplazado al personaje que acabo de describir, debe ostentar un aire de conquistador, ligero, é insolente: su traje debe ser esmerado y llevar bigote ó bien una barba cortada en redondo como la gorguera de la reina Isabel, ó como el disco radiante del sol: en todos sus ademanes debe revelar la altiva independencia de su carácter: con ese objeto debe mantenerse siempre con el sombrero calado, echarse á rodar por los sofás y extender cómodamente las piernas aunque deba manchar con sus botas el vestido de las *ladis* que lo rodean llenas de admiración. Al montar á caballo debe tener en la mano un bastón llevado en forma de cirio, y no hacer caso ninguno del caballo como si se hubiera olvidado que por una casualidad está oprimiendo sus hijares. Es tambien preciso que su salud sea robusta, ó por lo menos lo aparente y que su alma esté continuamente colmada de cinco ó seis felicidades á un mismo tiempo. ¿Mas á qué describir una cosa tan pasajera? ¿Qué de variaciones no habrán ocurrido desde entonces en el imperio del capricho!

Lo novela se ve obligada bajo pena de muerte á seguir el movimiento del Oeste de la capital. Veinte escritoras jóvenes, trabajando de día y de noche no escriben con bastante prisa para que en toda la novela se conserve la verdad de los sucesos que pintan: si por desgracia su obra llega á tener tres pequeños tomos, número generalmente exigido por los editores, es muy de temer que el primer capítulo se haya envejecido antes de concluirse el último.

En esos millares de novelas que de medio siglo á esta parte han inundado la Inglaterra, dos solamente han conservado establemente su puesto *Caleb Wilkiam*, y el *Frailé*. En todos los demás se halla diseminado mucho ingenio y mucho talento, como se derraman dones preciosos, y raras cualidades en los folletines y en los artículos de los periódicos. Las obras de Ana Radcliffe forman un género aparte, y se dice que las de mistress Barbauld, miss Edgeworth y de miss Burnett, etc., tienen tambien muchas probabilidades de vida.

«Debia haber, dice Montaigne, coerción de las leyes contra los escritores ineptos é inútiles como la hay contra los vagos y holgazanes. En ese caso yo y otros muchos seríamos desterrados de las manos del pue-

«blo. La abundancia de malos escritores parece ser en algún modo síntoma de un siglo desbordado. ¿Cuándo se ha escrito más en Francia que en tiempos de turbulencia? ¿Cuándo escribieron los romanos tanto como en tiempo de su ruina?»

Apenas he hablado de las mujeres inglesas que brillaron ó brillan actualmente en el ejercicio de las letras: he tenido que obrar así porque de lo contrario habría tenido que entrar con arreglo á mi plan en paralelos que trato de evitar. Madama de Staël domina su época, y sus obras han alcanzado estabilidad. Algunas francesas se distinguen hoy por su raro mérito en la literatura: una de ellas ha abierto un camino inaccesible para otras, pero que á ella la conducirá indudablemente al porvenir. Las mujeres cuando tienen verdadero número lo embellecen con secretos y minuciosidades propias de su naturaleza, y de las cuales no pueden prescindir; nadie tiene derecho de penetrar en esos misterios de la mujer y de la musa. Por último el talento cambia á menudo de objeto y de índole; es preciso saber esperar para tener ocasión de admirarlo en sus diversas modificaciones. Muchas de esas escritoras se han visto seducidas, ó como arrebatadas por el fuego de su juvenil imaginación: luego el desencanto las ha hecho sentarse otra vez gravemente en el hogar materno y han dado á su lira la entonación solemne ó patética de la religión ó del infortunio.

## WALTER-SCOTT.—LAS JUDÍAS.

Pero esas escuelas de novelistas sedentarios, de novelistas en diligencia ó en silla de posta, de novelistas de lago y de montaña, de minas y fantasmas, de ciudades y de salones, han venido á confundirse en la nueva escuela de Walter-Scott, lo mismo que los poetas en la de lord Byron.

En mi concepto el ilustre pintor de la Escocia ha creado un género contrario á la verdad: creo que ha pervertido la novela y ha pervertido la historia, pudiendo decirse que como historiador ha escrito novelas, y como novelista ha escrito historias. Tal vez no seré muy exacto en mi juicio; pero hablo de este modo porque yo que tanto he descrito, amado, enaltecido y ponderado los antiguos templos cristianos, he llegado ya á cansarme, en fuerza de estar siempre oyendo hablar de ellos: una catedral sostenía mi última ilusión, ya me la han hecho mirar con frialdad. Cuando un autor goza de una reputación general en su país; cuando se ha sostenido esta reputación durante un gran número de años, nadie, particularmente siendo extranjero, está autorizado para disputarle los títulos de semejante reputación, que están establecidos ya sobre las bases más sólidas, como son la verdadera índole de su idioma, el instinto nacional y el consentimiento de la opinión. Todo esto supone en un escritor cualidades de primer orden.

No acepto, pues, la responsabilidad de declararme juez de ese autor inglés, mas no por eso debo privarme de decir que no me parece haber llegado á ese grado de superioridad que tiene á los ojos de sus compatriotas. Si al leer las novelas de Walter-Scott me veo con frecuencia obligado á saltar interminables diálogos, si en sus escenas no siempre encuentro esa naturaleza escogida, esa perfección, esa originalidad, esos pensamientos y esos rasgos que encuentro en Manzoni, y otros novelistas modernos, tal vez será culpa mía y no del autor. Pero al mismo tiempo no puedo menos de confesar, que se le deben alabanzas por haber escrito composiciones que sin peligro pueden estar en las manos de todo el mundo, y que además no debe perderse de vista que se necesitan mayores esfuerzos del talento para interesar al lector sin salir de los límites del orden, que para conseguir lo mismo atropellando la barrera; menos fácil es arreglar los latidos del corazón, que el turbarlos con medios violentos.

Burke retuvo la política inglesa en el terreno de lo pasado; Walter-Scott hizo retrogradar los ingleses á la edad media: todo lo que se escribió, fabricó ó construyó fue gótico, libros, casas, muebles, iglesias, y palacios. Pero los señores (*Lairds*) de la gran Carta, son en la actualidad elegantes de Bond-Street, raza frívola acampada en las antiguas moradas feudales hasta que llegen los dos barones modernos, *libertad é igualdad* que se están preparando ya para expulsarlos de aquel puesto.

Walter-Scott no modela como Richardson el tipo interior del hombre, antes por el contrario se atiene con preferencia á la exterioridad; sus *fantasías* están llenas de encanto como puede verse en el siguiente retrato de la judía en *Ivanhoe*.

«Rebeca ostentaba las armoniosas proporciones de su talle envuelta en una especie de vestido oriental á la moda de las mujeres de su nación. Su turbante de seda amarilla convenía perfectamente á su tez suavemente morena. El brillo de sus ojos, el magnífico arco de sus cejas, su nariz aguileña de admirable contorno, sus dientes más blancos que perlas, sus negras trenzas cayendo en espirales sobre su seno y en derredor del cuello profusamente como una ropa talar de la más rica seda de Persia adornada de flores, componían un conjunto de gracias que la hacía resaltar entre las demás donosas vírgenes de que estaba rodeada. Un jubón de tela de oro recamada de perlas encerraba el turgente seno y la delicada cintura de la jóven dejando ver en la parte superior junto al cuello un collar de brillantes, cuyo brillo alternaba con el de los pendientes medio ocultos entre los negros rizos. Una pluma de avestruz sujeta al turbante con una joya de piedras preciosas se mecía suavemente sobre la cabeza de la hija de Sion... parecida á la esposa de los Cantares: *The very bride of the canticles.*»

Fontanes, aquel amigo por quien yo suspiraré eternamente, me preguntó en cierta ocasión por qué motivo las judías son más hermosas que los hombres de su raza: yo me acuerdo que le dí una razón de poeta y de cristiano. Las judías, le dije, se han librado de la maldición que recayó sobre sus padres, sus maridos y sus hijos. Ninguna judía aparece que se encontrara mezclada en la turba de sacerdotes y de pueblo que escarnecieron al Hijo del Hombre y lo azotaron, lo coronaron de espinas y le hicieron apurar las ignominias y los dolores de la cruz. Las mujeres de Judea creyeron en el Salvador, lo amaron, lo siguieron, lo asistieron y consolaron en medio de sus amarguras. Una mujer en Betania derramó sobre su cabeza el nardo precioso que traía en un vaso de alabastro: la pecadora ungió sus pies y los enjugó con su cabellera. El Cristo á su vez extendió su misericordia y su gracia sobre las mujeres israelitas; resucitó al hijo de la viuda de Naim, y al hermano de Marta, curó á la suegra de Simon y á la que tocó la orla de su vestido: para la Samaritana fue raudal de agua viva, y juez compasivo para la adúltera. Las hijas de Jerusalén lloraron por él: las santas mujeres lo acompañaron al Calvario, compraron bálsamo y aromas y llorando fueron á buscarlo al sepulcro: *mulier, quid ploras?* Su primera aparición fue á la Magdalena que no podía conocerlo; mas así que oyó la voz que le decía ¡María! abrió sus ojos á la luz y exclamó: ¡maestro mío! En la frente de las sucesoras de aquellas mujeres siempre ha venido reflejándose algún rayo de hermosura.

Fontanes pereció quedar convencido de estas razones, terminantes sin duda para las *doctas hermanas*.

ESCUELA LLAMADA DE LOS LAGOS.—POETAS DE LAS CLASES INDUSTRIALES.

Al mismo tiempo que la novela pasaba al estado

romántico la poesía se iba transformando también del mismo modo. Cowper abandonó la escuela francesa para hacer revivir la nacional, y Burns en Escocia acometió la misma empresa. Después de estos vinieron los restauradores de las baladas en cuyo género se han distinguido hasta nuestros días Coleridge, Wordsworth, Southey, Wilson, Campbell, Thomas Moore, Crabbe, Morgan, Rogers, Sheil y Hogg. *Gertrudis of Wyoming* de Tomás Campbell, *Lalla-Rookh* de Thomas Moore y los *Placeres de la Memoria* por Rogers obtuvieron grande éxito. Muchos de estos poetas pertenecen á lo que se llama *Lake School*, porque vivían en las riberas de los lagos de Cumberland y Westmorland, ó porque en otro tiempo los habían celebrado.

Thomas Moore, Campbell, Rogers, Crabbe, Wordsworth, Southey, Hunt, Knowles y lord HOLLAN honran con su memoria las letras inglesas; pero es preciso ser inglés para apreciar todo el mérito de un género íntimo de composición que no se deja particularmente sentir sino de los que han nacido en aquel suelo. No sé si sería posible traducir bien al francés las *Melodías* de Thomas Moore, el bardo de Erin: igual observación debe hacerse respecto de todas aquellas pequeñas composiciones poéticas que encantan el espíritu y el oído de los hijos de Inglaterra, Irlanda y Escocia. El lírico Burns, cuya muerte ha sido lamentada por Campbell, y el Cancionero de los marinos; son hijos del suelo británico, y no podrían vivir con su vigor y su gracia bajo el sol de otras regiones.

En Inglaterra se han visto salir de cuando en cuando poetas de las clases industriales: Bloomfield, oficial de zapatero es autor de un poema titulado *the Jarmer's Boy* (el mozo de la granja), cuyo lenguaje es extremadamente erudito. Hoy es un herrero el que brilla. Vulcano era hijo de Júpiter. Hogg, cuya muerte acaeció hace pocos años, y que puede considerarse como primer poeta de Escocia después de Burns, era labrador. También en Francia han existido musas del pueblo. Dejando aparte la hermosa Cordiere y Clemencia de Bourges, porque á pesar de sus talentos y de sus nombres eran ricas, parece más natural oponer al zapatero inglés un carpintero de Nevers, llamado maese Adán. Ahora mismo acaban de publicarse dos tomos de comedias, tragedias y poesías sueltas de un tal J. C. Jouvenot, antiguo maestro cerrajero. Reboul, panadero de Nimes, dirige á una madre estancias de una poética é interesante inspiración, cuyos conceptos son los siguientes:

## EL ÁNGEL Y EL NIÑO.

«Un ángel de rostro radiante inclinado sobre el borde de una cuna parecía contemplar su imagen como en el cristal de una fuente.»

«Hermoso niño que tanto te me pareces, dijo el ángel. ¡Ah! ven conmigo: seremos dichosos juntamente; la tierra es indigna de tí.»

«En la tierra nunca es completa la alegría, el espíritu padece aun en medio de sus placeres: las exclamaciones de contento tienen su tristeza y la voluptuosidad suspiros.»

«¡Cómo! ¿Los pesares y los sobresaltos habían de turbar una frente tan pura? ¿Esos ojos de azul de cielo se habían de empañar por la amargura de las lágrimas?»

«No, no, conmigo vas á volar á las inmensidades del espacio; la Providencia te hace gracia de los días que aun tenías que pasar.»

«Sacudiendo sus blancas alas el ángel al decir estas palabras, remontó el vuelo hácia las eternas moradas... Pobre madre, tu hijo ha muerto.»

Si Mr. Reboul ha elegido esposa entre las hijas de

Ceres y si esa mujer llega á ser su Musa, la Francia está segura de tener también una Fornarina.

Hé aquí conceptos de algunos versos de un dependiente del correo en la administración de Poligny.

## ELEGIA Á LOS MANES DE MARIA GRAND.

«¡Su aurora era hermosa; se hallaba todavía en aquella edad en que una amable palidez da tanto poder á los ojos y habla con tanta elocuencia á los corazones! Estaba en aquella edad en que se derraman lágrimas. ¡Oh lágrimas deliciosas!... Sus pupilas humedecidas pagaban á la naturaleza un dulce rocio: en sus azules ojos se veía cada día brillar para morir luego un hermoso rayo de amor.»

«... Ella era... tierna como el corderillo que bala en la colina cuando arquee el dorso bajo la cariñosa oveja. ¡Ah! No deberían perecer tantas virtudes. ¿Por qué no ha de quedar de ellas mas que un recuerdo?»

«... Tendió los brazos y nuestros corazones se enlazaron; nuestros suspiros se confundieron simultáneamente: aquella hora tan cruel era días enteros para nosotros: aquella hora dura aun y yo estoy siempre llorando.»

## LA PRINCESA CARLOTA KNOX.

Ya que he hablado de Hogg, último cantor de las cabañas de los tres reinos, voy á decir algunas palabras acerca de la última musa de los palacios británicos, á fin de que se vea espirar todo en aquel siglo de muerte. La princesa Carlota de Inglaterra cantó las bellezas de Claremont aplicándoles estos versos de un gran poeta:

To Claremont's terrac'd heights and Esher groves,  
Where, in the sweet solitude embraced  
By the soft windings of the silent muse,  
From courts and cities Charlotte find repose:  
Euchanting vale! beyond what'er the muse  
Has of Achaia, of Hesperia sung.  
O vale of bliss! o softly swelling hills,  
On which the power of cultivation lies  
And joys to see the wonders of this soil!

(¡Altas azoteas de Claremont! Bosquecillos de Echer! En vuestra pacífica soledad es en donde mecida por los dulces acentos de su modesta musa, Carlota encuentra reposo lejos de las cortes y las ciudades. ¡Encantador valle, muy superior á cuanto han dicho de Grecia y de Ausonia los cantores! ¡Oh valle dichoso! ¡oh colinas suavemente inclinadas en las cuales el genio de la agricultura se complace de ver brillar las maravillas de su poder!)

Al ver á esta presunta reina entregarse á dulces meditaciones tan jóvenes y tan dichosa en los bosquecillos de Esher, puede creerse que hubiera bajado á la tumba con menos pena desde lo alto del trono de Isabel, que desde lo alto de las azoteas de Claremont. Yo vi esta princesa, siendo aun niña, en los brazos de su madre y no la volví á ver en Windsor cerca de su padre. Esos raptos que la muerte comete incesantemente en medio de nosotros, nos llenan de asombro; ¿mas quién sabe si no es por un efecto de su misericordia que la Providencia retiró tan pronto del mundo la hija de Jorge IV? ¡Qué de felicidades no esperaban razonablemente á María Antonieta cuando vino á poner en Versalles la más hermosa corona del mundo sobre su cabeza! Abrumada de ultrajes, de allí á pocos años no encontró una voz en toda Francia que lamentara sus dolores. Solo en tierra extraña hallaban eco los lamentos de la augusta víctima, por proscriptos ó por extranjeros. Delille pedía expiación á su fiel lira y Alfieri componía el admirable soneto:

¡Regina sempre!